

# Un Capitán Audaz

No era ciertamente envidiable la situación de las plazas fuertes españolas del litoral africano en los albores del siglo decimosexto; espectadores forzosos, y a veces actores, del feroz pugilato que, en el mar que ante sus pies se extendía, libraban Haradin Barbarroja, Almirante de Solimán, con el poderoso Carlos de Austria, Rey de las Españas y Emperador de Alemania.

Poco antes habían llegado a aquellas costas, las nuevas que relataban la trágica conquista y destrucción de Castelnovo, que el pirata lesbiano había realizado para borrar el recuerdo de su derrota en La Goleta.

Las naves berberiscas revolaban por el mar Inter-no, impidiendo la comunicación de la península con las fuerzas españolas destacadas en la costa muritana. Por ello en Orán, el malestar de la guarnición comenzaba a exteriorizarse. Los excesos de la mercenaria soldadesca menudeaban con creciente aumento atemorizando a los habitantes que hubieran deseado huir de la plaza.

El Capitán General Don Alonso de Córdoba y Velasco se veía en grave aprieto en trance tal, no pudiendo abonar las soldadas que adeudaba, y que las tropas empezaban a exigir con descompasado tono.

En tal estado, una mañana de Junio, la población de Orán se sobresaltó. Sonaba insistente la campana de la capilla dedicada a la Virgen María en lo alto del Monte Santa Cruz, transmitiendo el aviso del atalayero que había "cantado barco".

La confirmación de la noticia vino a poco por un propio que descendió a escape al pueblo a participar al Capitán General que una nave cristiana había aparecido por el Noroeste con rumbo, al parecer, al puerto de Orán.

Con el suceso el júbilo cundió en la tropa, y el sosiego entre los castigados habitantes que veían con esto aliviarse su situación. Pero de improviso la alarma embargó a todos, al oír el esquilon de la capillita tocar a rebato, en tanto que las lombardas del fuerte Santa Cruz señalaban peligro con sus estampidos.

Arcabuceros y piqueros se apretujaban en el camino del monte, subiendo hacia el fortín. Los vecinos, no menos ansiosos, avanzaban curiosos por las rocas hasta la punta de La Mona, que sobresalía en el mar, debajo del cantil en que se asentaba la batería de San Gregorio.

Don Alonso de Córdoba, con sus ayudantes y alféreces que obligaban a trepar a sus corceles a galope corto la empinada cuesta, temeroso del riesgo que pudiera correr el esperado dinero, estaba dispuesto a ordenar lo imposible para salvarlo.

Pocas millas al norte del cabo Falcon, una nave cristiana de dos palos, bergantín con velas cruzadas, aproaba al puerto de Orán. Algunos nada más vieron pero otros, siguiendo las indicaciones del vigía, apreciaron, resguardadas en la sombra de la costa, guarecidas en una ensenada junto a dicho cabo, cuatro naves, que por sus extrañas maniobras, hacían sospechar fueran berberiscas.

La desesperación de Córdoba fué indescriptible al percatarse de la emboscada que los enemigos de la Cruz, tendían al barco que le traía la salvación: la conjuración de la amenaza que se cernía sobre su cabeza y sobre Orán, la sublevación de los mercenarios. No disponía de naves aparejadas que pudieran hacerse a la mar a prestar auxilio, ni había que soñar en dirigir los disparos de las lombardas hacia aquel lugar, ya que se hallaban las naves varias millas fuera de su alcance. Había de presenciar impotente con sus tropas y los oraneses, cómo, ante las bocas de sus cañones, los turcos se llevaban el rico botín.

Como había sido previsto, en cuanto el bergantín asomó su bauprés por la enfilación del cabo, los cuatro bajeles musulmanes desplegando su velamen se lanzaron con rumbo a su presa. La tripulación de la nave se dió cuenta del peligro inminente y viró hacia el nordeste.

Dos de las embarcaciones piratas trataron de cortar el rumbo, en tanto que las otras, con todo el trapo

al viento, se lanzaban por su derrota a perseguirle.

Una descarga apuntada en retirada hecha por el barco español fué la iniciación del combate. Los berberiscos, por responder con cortesía a la cortesía, contestaron disparando en caza sus culebrinas de proa, aunque con notorio ahorro de polvora.

Media hora después, el bergantín, pese a sus andanadas, se veía rodeado por las fustas de la Media Luna que maniobraban en torno suyo con revuelo de gerifaltes. Una de estas atracole por babor y los turcos y genizaros, aquellos soldados que se jactaban de que valía cada uno como dos españoles aunque éstos valiesen por dos turcos, saltaron sobre cubierta y se adueñaron del alcázar.

La tripulación hispana, un puñado de cincuenta hombres, perdiendo el terreno palmo a palmo, hubo de refugiarse en el castillete de proa al ver que otra nave de los vencidos argelinos abarloba por estribor.

El pabellón de la dominada nave fué arriado.

En el monte Santa Cruz se hubiera oído corretear una sabandija, tal era el silencio que imperaba en él, absortos todos los que lo ocupaban, en el espectáculo que ante su vista se desarrollaba. Si en vez de luchar por su honor y sus vidas, los vencidos marinos hubiesen dirigido sus anteojos a los cantiles de la petrea mole, hubieran visto tres mil ojos exorbitados que tenían fija la pupila en ellos.

Don Alonso de Córdoba, pálido, con albura de muerte, desde el bastión del fuerte oteaba con su catalejo la lastimosa escena.

Quitados los arpeos que aferraban las naves, desaccordáronse estas, y una de ellas se destinó a remolcar la presa hacia el nuevo rumbo.

Los soldados de la guarnición, al ver que se les arrebatava el dinero de sus pagas, protestaron ruidosamente amotinándose. Amenazando con mil tropelías se dirigieron hacia el Capitán General que se encerró en el fuerte. Pero todos quedaron suspensos al percibir el argentino son de la campana de la ermita que de nuevo sonaba alegre en su espadaña.

El atalayero había señalado una nueva vela en el horizonte.

Nao cristiana que audaz enderezó su rumbo deslizando hacia el enemigo, sin parar mientes en el mayor número de éste. Con todas las velas al viento, bajo el ardiente sol del estío africano, volaba como una gaviota sobre el azul intenso del Mediterráneo, resplandeciente como una aurora.

Los turcos enardecidos por el reciente triunfo se alborozaron al ver avanzar hacia ellos aquella nave, que bogaba sola a entregarse a su discreción, se apresuraron a nueva y efímera lucha, y seguros de una nueva victoria, pusieron proa a los temerarios cristianos.

—¡Audaz capitán el de esa nave, comentó Don Alonso al ver la hazaña,—con diez así, estas costas quedarían libres para España.

Al llegar la nao a contados cables de las tres fustas amenazantes, viró y ofreciendo su estribor al fuego de las culebrinas de caza, saludó al contrario con una andanada que empenachó de fuego y humo la borda. Al disiparse la humareda, las bocas de los cañones asomando por las portas parecían mirar hoscas a los bajeles contrarios que solo habían sufrido ligeras averías en las arboladuras.

La atrevida nave cristiana enderezando el rumbo se dirigió al apresado bergantín. El fuego con que las fustas trataron de impedirlo duró muy cerca de una hora. Los mástiles desmochados de dos naves berberiscas demostraban el certero tiro de los cañones hispaños.

Tornaron los turcos a ejecutar la maniobra que antes les valiera el triunfo pero ahora eran menos, y el enemigo más fuerte. No era cosa fácil acercarse a la nave que orlada de fuego se defendía impávida.

Ante el cariz que tomaba el combate, la embarcación que remolcaba a la cautiva cortó amarras abando-



nando la presa y se dispuso a la lucha.

Trataba el capitán cristiano de esquivar los costados del barco del abordaje enemigo, a lo que decidida venía la nueva contricante, pero acertada andanada de estribor logró desarbolarla evitando el choque. En tanto otro de los bajeles logró abarload sobre su babor, y los turcos saltaron sobre su cubierta. Mas, de improviso, abriéronse las puertas de las cámaras y cien soldados, que con destino a la plaza de Orán viajaban de pasaje en la nave, rechazaron la acometida islamita y persiguiendo a los asaltantes. pasaron a la nave contraria, adueñándose de ella. Los que la tripulaban, y no cayeron al mar o perecieron en la contienda, entregaron sus armas. El pabellon de la cruz substituyó a la verde otomana.

Las dos fustas que tenían libertad de maniobra pusieron alguna distancia entre ellas y la potente nao castellana, pero la desarbolada, privada de accion. se defendía con desesperado encono arrojando hierro y piedra sobre ésta.

Algún tiempo más tarde los bajeles turcos parecieron abandonar la partida y dirigiéndose al bergantín apresado pretendieron atarlo. La embarcación cristiana aprovechó el momento para enfocar todas sus bocas de fuego a la contraria desarbolada, envolviéndola en un huracán de hierro y llamas. Los tiros fueron ciertos y agujereada bajo la línea de flotación la fusta se ladeó.

Los gritos de júbilo de los marinos vencedores fueron coreados leguas al Sur por los vecinos y tropas de Orán, que veían con el triunfo de las armas españolas renacer la esperanza de paz en la posición.

La nao enderezó su marcha en seguimiento se los dos barcos berberiscos, que al verse perseguidos se alejaron abandonando el bergantín. No por eso cejaba de

actuar la artillería de ambas partes, envolviendo el lugar de la lucha en densa humareda. Libertados que fueron los prisioneros del recobrado barco, se aprestaron a secundar la labor de sus libertadores. No fué necesario gran empeño para ello, pues las fustas viendo la partida perdida aprovecharon la ligereza de su navegar para aumentar la distancia que les separaba de los cristianos.

La otra, herida de muerte, giraba sobre el mar hundiéndose con lentitud. Sus tripulantes clamaban ayudada, pero el vortice que formó al hundirse arrastró en trágico abrazo al fondo del mar a los que con la fusta vivieron y con ella habian de morir. Tan solo diez o doce renegados fueron recogidos vivos por los cristianos en el lugar del combate.

Una nave apresada, otra hundida, y dos puestas en fuga, fué el brillante resultado de aquella acción.

Es inútil intentar describir el recibimiento que el pueblo de Orán, su guarnición y el Capitán General tributaron a las tripulaciones vencedoras, y en particular al valiente capitán que venciendo los obstáculos que se irguieron frente a él en su ruta, cumplió el mandato que le había sido encomendado: entregar a Don Alonso de Córdova once mil ducados del Rey para la gente de sus tropas, y poner a sus órdenes cien soldados nuevos de refuerzo.

En testimonio de agradecimiento el Capitán General le nombró en el momento en que rendía cuentas de su cometido, Cuadrillero de las Cabalgadas.

¿Y quién era este capitán?, preguntareis quizás.

Era un tal **Joanes de Amasa**, natural de una villa guipuzcoana, de Rentería, fértil semillero de marinos y plantel de héroes.

*Trixtán de Ixaro*



**LA FANDERIA.** - Fresco retiro en las calurosas tardes de verano. - Meta de estivales paseos, por entre huertas, a orillas del río. - En "Esticho", media escuela bañandose: estudio ambulante de anatomía osteológica. - Este, que tiritita, aquél, que muestra el paso de legión de pulgas por sus exigüas carnes. - En el camino, al atardecer, rezagadas parejas de enamorados. - Bajo la umbrosa fronda de la chopera, el campamento de húngaros caldereros; romántica estampa del pasado siglo. - Y allí, a la puerta del molino, entre el ruido de los batanes y el murmullo del agua, el viejo soldado de Santa Cruz, contando sus hazañas de aquellos sus buenos tiempos. - Kirolec.